



Hay ciudades ubicadas en un lugar de la memoria más que en los mapas, que regalan sensaciones incluso antes de ser visitadas, solo con oír su nombre. Essaouira pertenece a esta categoría, y tal vez por ello al viajero le resulten familiares sus calles, aunque nunca antes las haya pisado, porque en ellas se respira cordialidad, frescura y un cierto aire mediterráneo, pese a estar situada en la costa atlántica. Esta es una ciudad abierta y hospitalaria, receptiva a la nueva savia. Orson Wells debió intuir algo de esto cuando decidió rodar aquí algunas de las escenas de su película "Othello", como la impresionante panorámica de las murallas que abre el film. No ha sido Wells el único embajador involuntario de esta perla atlántica. En los años 60 fueron los músicos los que se acercaron a ella, algunos tan famosos como Jimmy Hendrix o Cat Stevens; y tras los músicos llegaron los pintores, los escritores, los actores de teatro, los escultores y todos aquellos que sentían que Essaouira era, más que un lugar terrenal, una inspiración para el espíritu. Un espíritu que nació mucho antes, cuando Essaouira era Mogador y estaba en manos de los portugueses, que hicieron de ella el primer puerto comercial y militar de la costa atlántica africana, allá por el siglo XV. Más tarde, y tras perder

Essaouira

La perla del Atlántico

Tras los bastiones de la Skala y los altos muros de piedra desgastada de sus murallas, eternos vigilantes del océano, se extiende una villa mestiza y tranquila, cuyas calles parecen trazadas a cordel.

Texto y fotos: **Maribel Herruzo**
www.maribelherruzo.com



MEZCLA DE COLORES Y SONIDOS

Desde la Puerta de la Marina puede observarse en todo su esplendor las murallas que rodean la villa, y los cientos de gaviotas se siguen arremolinando alrededor de los restos de pescado que los marineros olvidan en las rocas tras una tarde de venta. Las calles, repletas de actividad comercial, siempre llevan a algún lugar con colores y sonidos: el mercado del grano, el de las especias, la pequeña plaza Chefchaoni o el zoco Jedid con sus diminutas tiendas de artesanía encaramadas sobre escaleras de piedras y escondidas tras sus arcos.

los lusos el control de la ciudad, en 1765 el sultán Sidi Muhamed Ben Abdallah decidió que aquel lugar en declive se convertiría de nuevo en el orgullo de la costa. Contrató a un arquitecto francés, Thèodore Cornut, para que rehabilitara las calles de una ciudad desordenada como tantas y éste diseñó un trazado único en Marruecos, lógico y racional como una mente gala. Las calles de la medina de Essaouira no se parecen a los laberínticos zocos de otras ciudades marroquíes, y la sensación es la de un pueblo ordenado, sin tráfico rodado, con edificios de escasa altura, pequeñas plazas salpicando su estructura y un deslumbrante color blanco con destellos de azul añil en puertas y ventanas.

Fue este mismo sultán...

El que abrió la puerta a comerciantes de todos los credos y lugares, y así fue como judíos y cristianos se asentaron en una ciudad en la que, durante un tiempo, convivieron en armonía distintas religiones, culturas y tradiciones, tal vez la base de ese respeto actual. Para confirmar su importancia como puerto comercial están los ocho consulados europeos que se abrieron en aquellos tiempos y que solo



abandonaron Essaouira cuando Casablanca empezó a robarle el puesto, entrado ya el siglo XX. A falta de grandes monumentos, la Medina, declarada patrimonio de la humanidad por la UNESCO en el 2001, es un caleidoscopio de colores, olores y sonidos que apenas ha cambiado con el transcurrir del tiempo. Las pequeñas barcas que inundan el bullicioso puerto mantienen su intenso color azul, y los cañones de metal macizo que guardan la Skala siguen apuntando a un más que improbable enemigo que llegue desde el mar. Aquellas calles de aspecto más sencillo, descubren un mundo tranquilo donde

sastres, tintoreros, herreros, carpinteros y pintores conviven puerta con puerta. La estrechez de los talleres y tiendas saca a la gente a la calle, y es ahí donde la vida fluye sin prisas. Al atardecer, nada mejor que acercarse a la plaza Moulay Hassan a contemplar cómo el sol se esconde tras los islotes, y tal vez compartir una taza de té con algún vecino del lugar, porque uno de los mayores valores de esta villa es su gente, acogedora y alegre. Así, el intercambio que empezó hace siglos puede seguir su curso.



Más Información en
www.turismomarruecos.com / www.essaouira.com